

PATRONES DE CONTINUIDAD EN LA ELABORACIÓN CERÁMICA DEL ALTIPLANO OESTE DE GUATEMALA *

M.^a Josefa IGLESIAS PONCE DE LEÓN
Andrés CIUDAD RUIZ
Universidad Complutense de Madrid

INTRODUCCIÓN

Como es bien sabido, en las sociedades jerárquicamente estructuradas existen diferentes estamentos sociales compuestos por personas dedicadas a los más variados oficios. Numerosos grupos étnicos de América poseen esta pauta, y uno de los estratos presentes con mayor recurrencia son los artesanos. La literatura arqueológica, etnohistórica y etnográfica no los contempla de manera específica, salvo en contextos más amplios como el económico y el legislativo. En las líneas siguientes trataremos de dar una rápida visión del devenir histórico de un grupo determinado de artesanos, los alfareros del área de Totonicapán en el Occidente de Guatemala, que tienen desde tiempos prehispánicos una importancia especial en diferentes niveles de la cultura.

Haremos referencias concretas a las implicaciones de las mujeres en la producción de la cerámica, ya que, aunque genéricamente hablamos de alfareros, en la actualidad un alto porcentaje de alfarería tradicional es realizado por mujeres (Reina y Hill, 1978), y ciertos datos que poseemos apuntan la posibilidad de que también fuera así en época prehispánica.

LOS DATOS ARQUEOLÓGICOS

La Misión Científica Española en Guatemala llevó a cabo excavaciones en Agua Tibia, un asentamiento localizado en el valle de Totonicapán en el Occidente de Guatemala, que permitieron definir un caserío compuesto por una vi-

* Esta investigación se ha realizado en el marco del Proyecto: «Estudios del período Formativo en el altiplano oeste de Guatemala» (DGICYT, n.º PB88-0412).

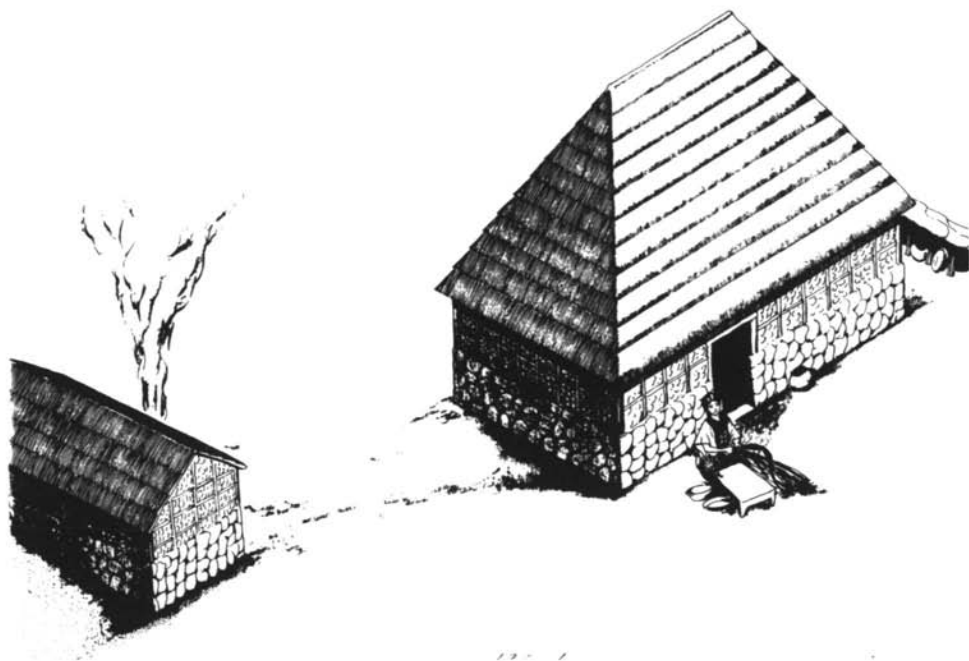


FIG. 1.—Reconstrucción ideal del asentamiento de Agua Tibia, Totonicapán, Guatemala

vienda rectangular, un horno de cerámica, un baño de vapor —*temazcal*—, un adoratorio y un cementerio, formando un conjunto cultural de gran interés, ya que constituía un valioso ejemplo para determinar el ritmo de cambio cultural de las poblaciones campesinas del área (fig. 1).

Todo el conjunto data del Clásico Tardío, que en la zona se dilata entre el 700 y el 1200 d.C., dada la continuidad cultural y la ausencia de rasgos que definen el Postclásico Temprano (Ciudad, 1984, 1983; Stewart, 1977).

Este conjunto habitacional estuvo ocupado por una familia dedicada a la agricultura y a la alfarería, tanto doméstica (el Grupo Bulux Rojo), como ritual y para el intercambio (El Grupo Jelic Rojo sobre Crema)¹. Ambos grupos cerámicos fueron cocidos en el horno, un pequeño muro en forma de paralelepípedo de 4,23 m. de largo por 0,50 m. de ancho y otro tanto de alto. La definición de su función resultó dificultosa, pero las evidencias arqueológicas y la investigación etnográfica realizada en el Cantón Vázquez (Totonicapán), donde se ha-

¹ Este Grupo Cerámico está bien representado en el conjunto del asentamiento, pero especialmente y con una decoración más compleja en el cementerio (Iglesias y Ciudad, 1981).



FIG. 2.—Horno actual de cocer cerámica no vidriada. Cantón Vázquez, Totonicapán, Guatemala

lló una estructura similar, permitieron definir su función con seguridad (fig. 2). Por otra parte, en el interior de la casa se detectó una alta frecuencia de utensilios de piedra —*metates*, manos y machacadores— que, además de las tareas domésticas, sin duda intervinieron en el proceso de elaboración cerámica ².

La tradición arqueológica establece que ciertos utensilios se corresponden con el dominio de la mujer, de modo que manos, *metates*, machacadores, morteros, *malacates* y demás, identifican tareas y espacios de naturaleza femenina. Esta tradición, derivada de la aplicación de un modelo de comportamiento masculino/femenino propio de nuestras estructuras occidentales, emparentan mecánicamente a la mujer con labores subordinadas a la alimentación y acondicionamiento de la vivienda, que tienen un carácter interno y se efectúan dentro del propio asentamiento, por contraposición a los «trabajos masculinos», realizados fuera de la casa y con una superior relación con el mundo exterior. No obstante, recientemente se están levantando voces en contra de esta asunción tan superfi-

² Del interior de la vivienda se extrajeron 5.083 unidades culturales, que se corresponden con el 14,46 por 100 de los materiales que conforman el registro arqueológico del sitio, correspondiendo el 13,46 por 100 a la cerámica, el 0,33 por 100 a la piedra y el 0,66 por 100 a la obsidiana. De ellos se obtuvieron 54 fragmentos de *metate*, 37 de mano y 25 de machacador, que representan el 43,67, el 50,94 y el 47,16 por 100, respectivamente, de estos materiales recogidos en el yacimiento.

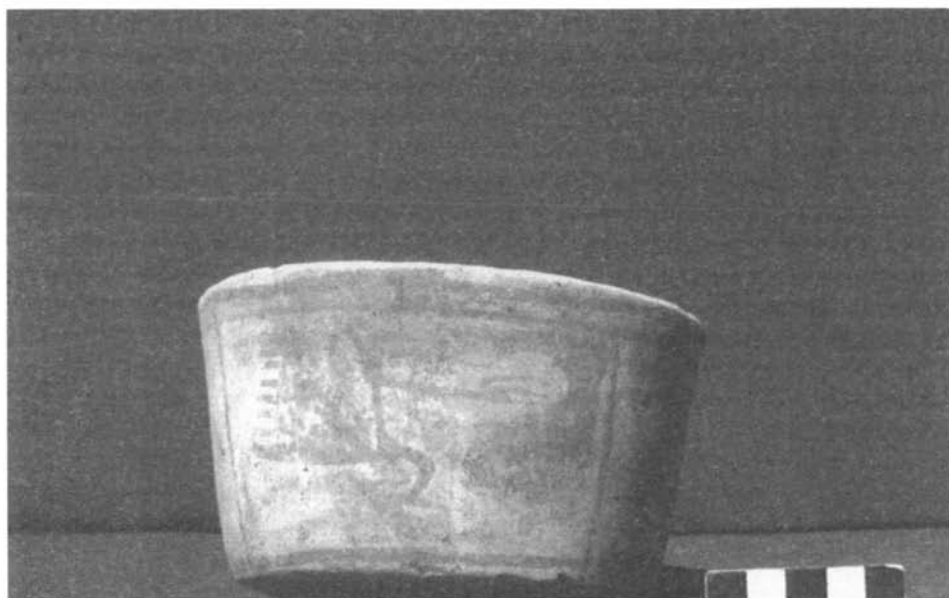


FIG. 3.—Cuenco de cerámica Jelic Rojo sobre Crema con decoración compleja

cial³, y las excavaciones realizadas en Agua Tibia han detectado evidencias que acentúan la discrepancia.

EL PAPEL DE LA MUJER EN AGUA TIBIA

No es fácil dilucidar la consideración que tuvo la mujer en Agua Tibia. Los métodos de investigación arqueológica complican el acceso a la mentalidad de las poblaciones del pasado; más aún si se trata de estamentos campesinos que manejan utensilios multifuncionales y con escasa información sobre el particular⁴.

³ Karen O. Bruhns (1991) ha recogido recientemente una interesante información acerca del variado uso que tienen los *metates* en las sociedades americanas, lo cual también resulta cierto en el caso maya, y en particular en el Occidente de Guatemala, destacando entre otros su uso industrial.

⁴ Entendemos, además, que existen serias dudas acerca de que la cultura material sea el hilo conductor que determine los cargos y roles de los individuos en las sociedades antiguas, pero algunas de las conclusiones a las que hemos llegado han sido corroboradas por la documentación etnohistórica y etnográfica.

Como hemos adelantado, la mujer fabrica la cerámica en los Altos de Guatemala. El arraigo de esta tradición —que en particular remite a objetos de uso eminentemente indígena— a la esfera femenina, en contraposición con los métodos coloniales controlados por varones, nos induce a pensar que también participó intensamente en la manufactura de la cerámica maya prehispánica.

Existe en este sentido una tendencia a pensar que si esto es así la mujer elabora sólo piezas de uso doméstico, mientras que las decoraciones complejas con información simbólica estarían en manos de hombres. Nuestra impresión es que en la decoración de Jelic Rojo sobre Crema (fig. 3) intervinieron varios artesanos, y en ningún caso podemos establecer que las decoraciones fueran realizadas por un solo sexo con exclusión del otro, sea hombre o mujer; es más, la documentación extraída en el cementerio de Agua Tibia confirma la idea de que es muy probable que participaran en esta tarea ambos sexos de manera indistinta.

En Agua Tibia se rescataron 16 enterramientos, de los cuales sólo ocho pudieron ser sexados: cinco eran mujeres y tres hombres. Los datos señalan que no existen diferencias ideológicas a la hora de concebir el ritual funerario entre la mujer y el hombre, aunque hay que señalar que no estamos ante un asentamiento jerarquizado. La posición para ambos sexos es flexionado-sentada; los dos tienen como ofrenda cerámica local —ordinaria y ritual— y cerámica importada. En ambos las formas domésticas incluyen Bulux Rojo con restos orgánicos quemados y los dos tienen decoración dentaria, A.1 y B.5 (Romero, 1958:94, cuadro 12). También existe igualdad en la orientación de los esqueletos, predominante hacia el norte. Por último, para ambos sexos es común la protección del cuerpo con losas de piedra. Sólo en un caso (Enterramiento 9) se ha encontrado un excelente machacador asociado a un varón adulto, indicando con ello que estos útiles también fueron usados por el hombre.

Pensamos, pues, que los trabajos artesanales en Agua Tibia se efectuaron comunalmente por toda la familia —incluso por los niños (fig. 4)—, y con ello la aportación de la mujer a la economía familiar fue importante. Además contamos con evidencias claras —cerámicas hematites, Tiquisate, plumizas, policroma— de que los alfareros de Agua Tibia alcanzaron superiores niveles adquisitivos que los asentamientos campesinos, según se denota de la analogía con otros sitios de la región.

LOS ALFAREROS DURANTE LA COLONIA

En un trabajo editado por Reina y Hill (1978) en el que se analiza la alfarería tradicional indígena de Guatemala los autores señalan la ausencia de referencias acerca de su manufactura en el periodo Colonial, lo que supone una seria dificultad a la hora de conocer la profundidad del proceso de elaboración de las

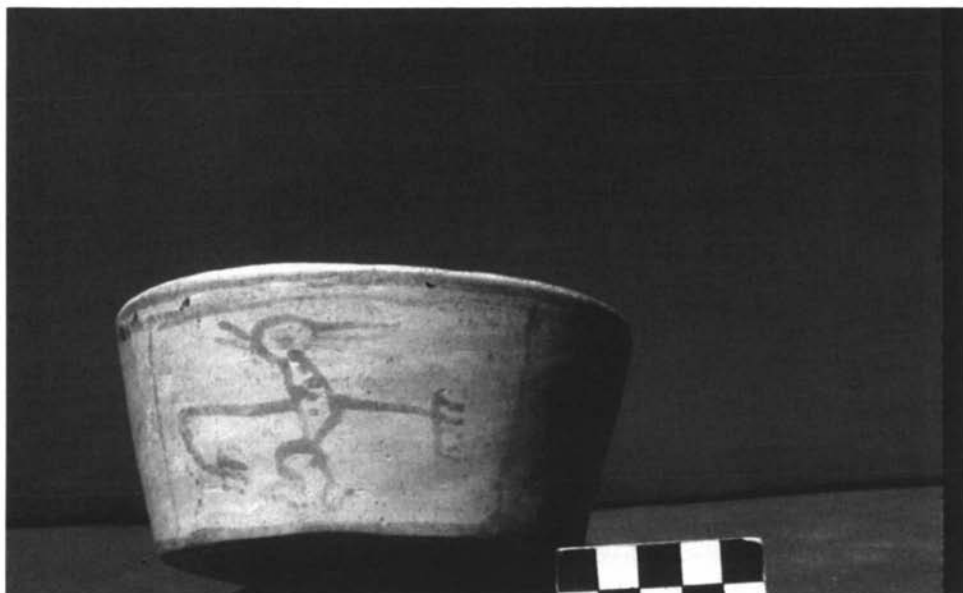


FIG. 4.—Cuenco de cerámica Jelic Rojo sobre Crema con decoración posiblemente realizada por un niño

cerámicas mayas y el ritmo de cambio cultural de los alfareros en la región. También afirman que la alfarería indígena no tiene ningún prestigio nacional ni ocupa espacio alguno en los escritos coloniales ⁵.

Las causas de esta escasa atención pueden ser variadas, pero coinciden en el poco valor económico y falta de estima y competencia que vieron en su práctica los colonizadores. Gibson (1980:342) señala que «los españoles nunca tuvieron intención de interferir en los aspectos más prosaicos de la producción indígena... Ningún organismo secular español se dedicó a la erradicación de las artesanías indígenas. Ningún misionero a enseñar a los indios nuevas maneras de modelar cerámica». De ahí que no se produjeran apenas innovaciones en la alfarería, el tejido, la cestería y otros trabajos cotidianos, ni en lo que afecta a la tecnología ni a la especialización. No obstante, cuando existieron incompatibilidades se produjeron decretos en los que la corona española

⁵ «Ni los documentos del siglo XVI depositados en el Archivo General de Indias en Sevilla ni los del Archivo General de Centroamérica de Guatemala hacen referencia al papel de los ceramistas y la producción de cerámica con técnicas tradicionales en el momento de la conquista o después» (Reina y Hill, 1978:XIX, nota 7).

«trató de mantener separadas las esferas de la manufactura y comercio del indio y el español»⁶.

A esta falta de interés hay que sumar el hecho de que tras la conquista se igualaron las clases sociales indígenas, por desaparición o asimilación de las élites dirigentes, consolidándose un estrato único de campesinos organizados en caseríos y cantones dispersos y, por consiguiente, con muy escasas necesidades de bienes de lujo y estatus.

Durante la Colonia, los españoles orientaron, en buena medida, el pago del tributo de las comunidades indígenas a los calificados como «productos ambicionados por la Colonia»; también incidieron sobre determinados bienes indígenas de interés, como el cacao o el tejido, y excepcionalmente en el siglo xvii algunas comunidades tributaban objetos de cerámica —*comales* y ollas—, lo cual indica su especialización o, al menos, la valoración de su buena producción; es el caso de Sacatepéquez, Momostenango e Ixtahuacán (Tasación de Tributos de Cerrato, leg. 128; Zamora, 1985:224). En algunas zonas, como ocurre con la mayoría de las poblaciones de Totonicapán, los indígenas optaron por potenciar la carpintería y las artesanías como medio para obtener dinero con que pagar el tributo y evitar el trabajo en las plantaciones de cacao y algodón en la costa (Veblen, 1982).

Además, el escaso éxito de la política de reducciones a largo plazo posibilitó la permanencia de múltiples centros de alfarería tradicional, aunque bien es cierto que esta ocupación no pareció proporcionar una mejor posición social a sus productores que apenas si sobrepasaron un ámbito local de intercambio⁷.

Otra causa que pudo incidir en la continuidad de la alfarería tradicional es que Totonicapán ha sido uno de los Departamentos más poblados desde la etapa prehispánica y durante la Colonia. Al final de este periodo, ante la ausencia de suficiente tierra para el cultivo y el exceso de población, se multiplicó la producción artesanal con centros importantes de alfarería en San Miguel y San Cristóbal Totonicapán. Los problemas de erosión de tierras con los nuevos cultivos y el pastoreo generalizado introducido a lo largo de los siglos xvii y xviii generaron también cambios en el sistema de vida de los pobladores de la región y la potenciación de las artesanías para completar su economía.

Unido a ello es esencial el hecho de que Totonicapán, aún en la actualidad, posee uno de los mayores porcentajes de población indígena de toda Guatemala

⁶ Esta actitud se comprueba tanto en la región de Puebla (México) en el siglo xviii (Kaplan, 1980:21-41) como en el mismo Totonicapán: Navarrete (1988:471-477) da cuenta de un documento fechado en 1861 (ya en la época del conservador Rafael Carrera) en el que los alfareros de Cojom (San Miguel Totonicapán) se quejan del mal trato recibido por las autoridades cuando llevan sus productos a los mercados de San Francisco el Alto y Almolonga.

⁷ Es muy posible en este sentido que la dispersión de la población posibilitara la pervivencia de elementos culturales, como en el caso del horno del Cantón Vázquez, tal y como se utilizaban durante la etapa prehispánica.



FIG. 5.—Puesto de cerámica fabricada en el área de Totonicapán. Mercado de San Juan Ostuncalco, Quetzaltenango, Guatemala

la, manteniéndose a pesar de los obvios cambios culturales un alto contenido de rasgos tradicionales (lengua, patrón de asentamiento, ajuar doméstico, arquitectura, etc.). En el caso de la cerámica se ve claramente cómo la introducción de rasgos puramente hispanos no ha logrado desplazar sistemas de cocción, formas, técnicas, decoraciones, etc., tradicionales (fig. 5).

Es interesante ver el contraste del proceso de cambio con el sucedido en el antiguo pueblo colonial de Ocelocalco (Soconusco), que siendo un pueblo mayoritariamente indígena, sabemos —por estudios arqueológicos— que adquirió desde su fundación en el siglo XVI un interesante porcentaje de cerámica mayólica, procedente de España o del centro de México, la cual convivió con tipos cerámicos tradicionales similares a los del Postclásico Tardío, especialmente en vajillas para cocinado y almacenamiento (Gascó, 1991). Debemos tener en cuenta que este pueblo tuvo una economía especial debido a la importante producción de cacao y por ello pudieron darse los tempranos intercambios con bienes de lujo como era la mayólica.

A medida que avanza la Colonia, la cerámica doméstica tradicional de Ocelcalco, aun manteniendo las formas, va cambiando hacia tipos de inferior calidad. Al tiempo, con un aumento en importancia del sitio, el registro arqueológico contiene cerámicas elaboradas en México, Guatemala, Panamá, España y porcelana china. Así como un uso creciente de elementos metálicos.

Esto nos muestra un intenso proceso de aculturación de la población indígena del lugar, que en la última parte del siglo xvii daba testimonio ante los tribunales directamente en español, cosa de la que no se tienen noticias en el área de Totonicapán al no poseer ningún producto especialmente atractivo para los colonizadores —como el cacao en Soconusco— se mantuvo en parámetros de una aculturación infinitamente menor. Ocelcalco, después de una progresiva alza en su importancia, que le permitió ser cabecera de distrito durante setenta años, y un lento declive de casi un siglo, fue abandonado definitivamente en 1767.

Volviendo al área que nos ocupa, las referencias que contienen los documentos coloniales sobre la alfarería son muy escasas y genéricas y no describen los métodos de producción ni el nivel social de los productores, y mucho menos especifican si se trata de hombres o mujeres, aunque coinciden en que el área de Totonicapán tuvo una alta producción de «loza»⁸. Las investigaciones en el Archivo General de Centroamérica y en los archivos parroquiales de San Miguel Totonicapán no dan muchos datos. Los libros de bautismo de esta parroquia se inician en 1682 y los de matrimonio en 1738, mostrando una población eminentemente indígena, pero en ellos apenas se mencionan oficios o actividades. Los censos del xix confirman que casi todos los pobladores del área quiché eran campesinos. De unos 50.000 habitantes, sólo 400 fueron calificados como artesanos y 300 como mercaderes; la mayoría de ellos eran ladinos, y los pocos indígenas que realizaban tales tareas simultaneaban su oficio con la agricultura (Carmack, 1979:13).

A pesar de tan escasa documentación cabe deducir que en el largo y complejo proceso de aculturación llevado a cabo por los españoles en Guatemala hubo parcelas en las que resultó difícil penetrar, siendo una de ellas la tecnología. Se hacían necesarias tantas variaciones en otros niveles de comportamiento indígena y se requería de una transformación tan profunda de la sociedad, que apenas si llegó a afectar a la alfarería tradicional. La producción de cerámica de

⁸ Tanto A. de Fuentes y Guzmán (1933:52) como Fray Francisco Ximénez coinciden en la importancia de la producción alfarera de San Miguel Totonicapán. Este último, en 1722, menciona la alta producción de loza en este sitio y el aprovechamiento de la «greda que sirve mucho para loza y los indios de Tutonicapa gastan mucho para la fabrica de las muchas ollas que allí se hacen, de que sacan muchos intereses» (Ximénez, 1967:341-342). También Vázquez (Tomo IV:42), refiriéndose a los pobladores de esta región, dice: «... sus naturales son muy trabajadores... en todo género de loza».

imitación española en Guatemala (homología) se limita prácticamente a la capital ⁹ y a La Antigua —lugares con un fuerte asentamiento de españoles— y a Totoncapán.

En Totoncapán, desde la Colonia a la actualidad, esta introducción, cuyos primeros datos se fechan a finales del xix (Luján, 1975), dará dos resultados diferentes:

— Por un lado, una cerámica con gran asimilación de formas, estilos y técnicas (vidriado, hornos cerrados, hombres manufacturando a torno), encaminada a un reducido mercado específicamente español y ladino enclavado en el Occidente de Guatemala, y a un pequeño porcentaje de indígenas (fig. 6).

— En segundo lugar, una cerámica que toma en ocasiones sólo ciertas características tecnológicas puntuales, como un ligero vidriado, para mejorar —técnica o estéticamente— la alfarería tradicional, pero continuando su fabricación en los pequeños cantones y caseríos, como una tarea familiar, y siendo su ámbito mercantil el puramente indígena, de modo que su producción apenas si causó sobresaltos en los intereses económicos de los colonizadores.

CONCLUSIONES

La documentación extraída en Agua Tibia manifiesta, pues, patrones de comportamiento que tienen firmes paralelismos con los procesos contemporáneos de fabricación cerámica llevados a cabo en los Altos de Guatemala, en particular en el área de San Cristóbal Totoncapán y poblaciones dependientes. La literatura etnográfica confirma que la alfarería tradicional del altiplano es una tarea básicamente femenina, a excepción de aquellos sitios en que se siguen métodos coloniales españoles, la cual es elaborada por los hombres, como es el caso de Antigua, Jalapa y San Miguel Totoncapán.

De manera más importante hay que destacar el hecho de que en Rabinal, Santa María Chiquimula y San Cristóbal Totoncapán la cerámica tradicional está tanto en manos de hombres como de mujeres; en este último sitio es el hombre quien da forma a las vasijas, mientras que el resto de las tareas son repartidas entre la unidad familiar (Reina y Hill, 1978); situación que se encuentra en armonía con la documentación extraída en el Enterramiento 9 y en buena parte del asentamiento de Agua Tibia.

⁹ La primera referencia sobre elaboración de cerámica mayólica en la Nueva Guatemala de la Asunción data de 1793. A finales del siglo xix en la capital parece existir una marcada decadencia en la producción mayólica debido tanto a la introducción de cerámicas extranjeras (inglesas, francesas, estadounidenses y china) como a la continuidad en el uso de cerámica tradicional no vidriada procedente de Chinaulta y Mixco (Dary, 1990:5-8).

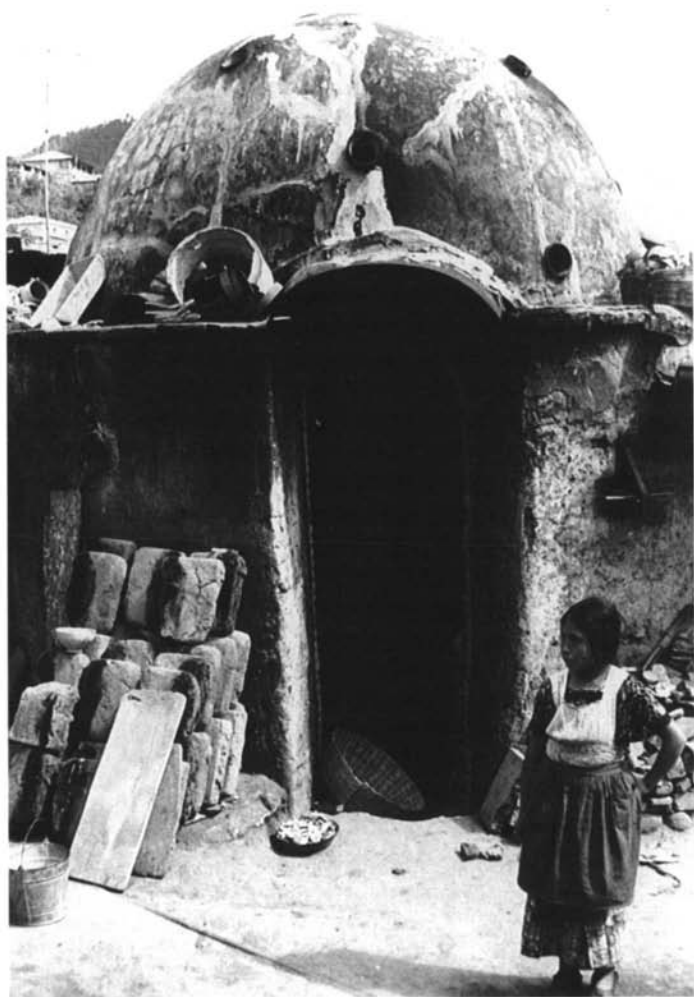


FIG. 6.—Horno cerrado, de introducción colonial, usado para cocer cerámica vidriada. San Miguel Totonicapán, Guatemala

A la constancia de la colaboración del grupo familiar hay que añadir el hallazgo del horno de cerámica en el Cantón Vázquez (Totonicapán), el uso de utensilios como *manos* y *metates* para funciones alfareras y el mantenimiento de

formas y decoraciones y de sistemas de cocción similares a los existentes durante la etapa prehispánica, que parecen indicar que el patrón diseñado para Agua Tibia tiene continuidad en la actualidad.

Por otra parte, también es manifiesta una marcada continuidad cultural en la elaboración de casas, la utilización de instrumentos y del entorno ecológico, la alimentación, el tejido, las prácticas higiénicas (*temazcales*) y una amplia gama de pautas culturales. No cabe duda que la conquista significó un profundo proceso de aculturación en las comunidades urbanas y rurales, a partir del cual se alteraron para siempre sus estructuras sociopolíticas, económicas e ideológicas. Pero también es cierto que determinados elementos culturales —en especial los de ámbito campesino— no se perdieron, bien por desinterés o falta de control de las autoridades españolas o porque tuvieron la suficiente fuerza de implantación para subsistir el paso de la Colonia e incluso la etapa Independiente. La alfarería ha sido uno de ellos ¹⁰.

En cambio, el papel de la mujer en la zona de Agua Tibia sí ha sido alterado desde el Clásico Tardío hasta hoy, pero también el del hombre. Las ofrendas variadas del cementerio, compuestas tanto de cerámica local como importada, señalan una capacidad adquisitiva superior al de otras comunidades campesinas de su momento y, sin duda, a los pobladores de los caseríos rurales que elaboraron cerámica durante la Colonia y a los que lo hacen en la actualidad ¹¹.

Algunos estudiosos han argumentado que en las sociedades poco evolucionadas la mujer alcanzó amplias parcelas de poder, las cuales se reducen en los estados complejos (Nash, 1980), aunque tenemos constancia de que también en tales situaciones algunas mujeres de las clases dirigentes jugaron papeles de tanta relevancia como los elementos masculinos (Maholy-Nagy, 1991).

Al contrario que en los estados jerarquizados, en los pequeños poblados y aldeas campesinas o artesanas de producción local existen «esferas de poder» que no son excluyentes, sino que se relacionan y cooperan (McCafferty y McCafferty, 1988:46). Cuanto mayor sea la cooperación económica más importancia alcanza la singularidad de ambas esferas, que tienen una interdependencia estructural; de modo que el campo de acción femenino no se ajusta única-

¹⁰ Obviamente, no todo el sistema de producción fue el mismo desde la Agua Tibia del Clásico, pues Jelic Rojo sobre Crema no sobrevive a la superposición Quiché del Postclásico Tardío; pero se mantiene el método de cocción, ciertas formas y decoraciones, algunos instrumentos utilizados en su elaboración y la acción del grupo familiar.

¹¹ Baste como ejemplo esta descripción del mobiliario y utillaje de una casa indígena que se encuentra en el Archivo General de Indias: «... la cama es un cañizo y encima un cuerezuelo de venado, y aún algunos no lo tienen, y la frazada con la que se arropan es lo que traen encima; esta les es siempre y en todo tiempo cobija y les sirve después de mortaja. Allí dentro tienen una piedrezuela con que muelen su maíz, cuatro ollas viejas, otras tantas jícaras o vasijas en que beben y un medio machete o hachuela» (Sanchiz, 1989:63). La situación es muy diferente de la que parece existir en Agua Tibia.

mente al mundo doméstico, sino al artesanal, un rasgo que parece comprobado en Agua Tibia.

Es posible que esto pueda haberse mantenido con pequeñas alteraciones durante el período Colonial e Independiente, pero desgraciadamente aquí entra en juego otro problema: una gran falta de documentación debida, por una parte, a la poca importancia que ciertos ámbitos indígenas tuvieron para la maquinaria burocrática colonial española, y por otra, a la invisibilidad de todo lo relacionado con el ámbito de la mujer que caracteriza los registros históricos en general.

BIBLIOGRAFÍA

- ARCHIVO GENERAL DE INDIAS. *Tasaciones de los pueblos de los términos de la jurisdicción de Santiago de Guatemala*. 1548-1549. Sevilla.
- *Relación de los agravios que sufren los indios de Guatemala realizada por dos beneficiados de Guatemala*. 1603. Sevilla.
- BRUHNS, Karen O. (1991). Sexual activities: some thoughts on the sexual division of labor and archaeological interpretation. *The Archaeology of Gender*. Eds. D. Walde y N. D. Willows, pp. 420-429. The University of Calgary.
- CARMACK, Robert M. (1983). El Popol Vuh como etnografía del Quiché. *Nuevas perspectivas sobre el Popol Vuh*. Eds. R. Carmack y F. Morales, pp. 43-59. Editorial Piedra Santa. Guatemala.
- CIUDAD, Andrés (1983). La datación absoluta de Agua Tibia y la cronología del altiplano oeste de Guatemala. *Mexicon*, vol. 5, n. 6: 103-106. Berlín.
- (1984). *Arqueología de Agua Tibia, Totonicapán (Guatemala)*. Ediciones Cultura Hispánica. Madrid.
- DARY, Claudia (1990). Los artesanos de la Nueva Guatemala de la Asunción (1871-1898). *La Tradición Popular*, n. 78-79. Centro de Estudios Folklóricos. Guatemala.
- FUENTES Y GUZMÁN, Francisco Antonio de (1933). *Recordación Florida*. Tomo III. Sociedad de Geografía e Historia de Guatemala. Guatemala.
- GASCÓ, Janine (1991). La historia económica de Ocelocalco, un pueblo colonial del Soconusco. En *La economía del antiguo Soconusco, Chiapas*. B. Voorhies Ed. Cap. 14:355-378, UNAM y Universidad Autónoma de Chiapas. México.
- IGLESIAS, M. Josefa, y Andrés CIUDAD (1981). Informe preliminar sobre la cerámica funeraria de Agua Tibia, Totonicapán, Guatemala. *Estudios de Cultura Maya*, vol. XIII:251-264, UNAM. México.
- KAPLAN, Flora S. (1980). *Conocimiento y estilo. Un análisis basado en una tradición de alfarería mexicana*. Instituto Nacional Indigenista. México.
- LUJÁN, Luis (1975). *Historia de la mayólica en Guatemala*. Sevilla. Guatemala.
- MCCAFFERTY, Sharisse, y Geoffrey McCAFFERTY (1988). Powerful women and the myth of the male dominance in Aztec society. *Archaeological Review from Cambridge*, vol. 7 (1):45-59. Cambridge.
- MOHOLY NAGY, Hattula (1991). Representations of gender roles at Tikal, Guatemala. Paper presented at the 90th Annual Meeting of the American Anthropological Association. Chicago.

- NASH, June (1980). The aztecs and the myth of male dominance. *Signs: Journal of Women in Culture and Society* 4.2:349-262.
- REINA, Rubén, y Robert M. HILL (1978). *The traditional pottery of Guatemala*. University of Texas Press. Austin.
- ROMERO, J. (1958). *Mutilaciones dentarias prehispánicas de México y América Central*. Instituto Nacional de Antropología e Historia. México.
- SANCHIZ, Pilar (1989). Españoles e indígenas. Estructura social del valle de Guatemala en el siglo XVI. *La Sociedad Colonial en Guatemala. Estudios Regionales y Locales*. Ed. S. Webre, pp. 33-76, CIRMA. Antigua Guatemala.
- STEWART, Russel (1977). Classic to Postclassic periods settlement trends in the region of Santa Cruz del Quiché. *Archaeology and Ethnohistory of Central Quiché* (D. T. Wallace y R. M. Carmack): 68-82. State University of New York at Albany, Pub. 1.
- VAZQUEZ, Fray Francisco (1937-44). *Crónica de la provincia del Santísimo nombre de Jesús de Guatemala*, 4 vols. Biblioteca «Goathemala». Guatemala.
- VEBLEN, Thomas T. (1982). Conservación forestal en el altiplano occidental de Guatemala. *Mesoamérica*, vol. 4:332-225, CIRMA. Antigua Guatemala.
- XIMÉNEZ, Fray Francisco de (1967). *Historia natural del reino de Guatemala*. Editorial José de Pineda Ibarra. Guatemala.
- ZAMORA, Elías (1985). *Los mayas de las tierras altas en el siglo XVI. Tradición y cambio en Guatemala*. Diputación Provincial de Sevilla. Sevilla.